

Sancho Panza, de ayudante del héroe a sustituto del héroe

Augustin Redondo
(Université de la Sorbonne Nouvelle-CRES/LECEMO)

Don Quijote y Sancho son inseparables tanto en las dos partes de la obra cervantina como en la representación que se ha tenido de ellos y ha llegado a la época actual. Es lo que subrayan por ejemplo Miguel de Unamuno desde el título de su libro *Vida de Don Quijote y Sancho* y también Picasso al idear su célebre litografía. Constituyen las dos caras de una misma realidad vital.

Esa unidad profunda la reivindican los dos personajes en el marco del texto. Es lo que dice don Quijote: “juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos...” (Cervantes 2015: II, 2, 699).¹ No dice otra cosa Sancho al afirmar que no puede separarse de su señor: “es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón (II, 33, 989)”. No obstante, el título del libro que les ha dado vida, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, parece centrar la atención del receptor en el único personaje del hidalgo/caballero, dejando a oscuras el del escudero. Pero el propio autor, al escribir el prólogo de 1605 –y sabido es que los prólogos se redactan después de acabar los libros-, bien se había dado cuenta de la importancia que Sancho había cobrado en la narración, paralelamente a don Quijote. En efecto, al dirigirse al lector, vincula significativamente a los dos personajes: “Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien te doy cifradas todas las gracias escuderiles...” (I, pról., 20). Verdad es que, en el prólogo al lector de las *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, ya anunciaba que varias obras suyas estaban al salir y citaba entre ellas “las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza,” aludiendo a la segunda parte del texto (Cervantes 2001, 20).

A pesar de ello, los investigadores se han fijado muy mayoritariamente en don Quijote, evocando a Sancho, pero de pasada, sin insistir verdaderamente en él. No obstante, el trabajo de recuperación del personaje del escudero se ha manifestado, tal vez primero por razones políticas. Así se ha podido ver en Sancho Panza el símbolo mismo del pueblo, de ese pueblo campesino trabajador, oprimido y explotado, reivindicando pues al personaje como emblema de dignidad y resistencia al poder por poetas de la talla de un Gabriel Celaya en su hermoso poema “A Sancho Panza”, en el cual le opone al “señorito Quijano”.

No se trata aquí de examinar las imágenes políticas que Sancho ha podido cobrar en diversos momentos históricos, sino de subrayar la importancia que el personaje tiene en el texto cervantino, como lo han indicado algunos estudiosos (Molho, 217sq.; Flores; Vilanova; Urbina; Redondo 1998, 191-203, 369-380; Close 2007; Ramírez Santacruz 2016a y b; etc.).

Lo que deseamos hacer en este trabajo es poner de relieve la actuación que le corresponde al escudero ya que sirve en cierto modo de contrapeso a don Quijote y hasta llega a superarle. En nuestro estudio, utilizamos los términos (héroe, ayudante/auxiliar) empleados para examinar la actuación de los personajes en los relatos míticos, en las leyendas y los cuentos (Thompson; Propp 1974a y b; Brémond; etc.), los cuales han dejado tantos rastros en los libros de caballerías. Así, Sancho desempeña en primer lugar un papel de ayudante del héroe, luego de ayudante equiparado con el héroe (desdoblamiento a veces del Manchego), y, por fin, de sustituto del héroe, con cruces en algunas ocasiones entre las

¹ En las referencias al *Quijote*, el primer número se refiere a la primera o segunda parte, el segundo al capítulo y el tercero a la(s) página(s) en la edición utilizada.

diversas funciones. Además, todo ello se verifica de manera más o menos burlesca, ya que la obra adquiere una tonalidad paródica que estriba con frecuencia en un juego entre burlas y veras.

Sancho, ayudante del héroe

Recuérdese que don Quijote cabalga solitario cuando su primera salida. Pero el ventero que ha de armarle caballero de manera tan jocosa, le da unos cuantos consejos, como buen padrino, sugiriéndole que ha de ir acompañado de un escudero (Cervantes 2015, I, 3, 61; I, 4, 67). De tal modo, el ventero es el que inicia la creación del personaje que ha de estar al servicio del Manchego, o sea de Sancho Panza.

Si bien éste es un escudero burlesco, no por eso deja de ser el clásico ayudante del héroe, que aparece tanto en los cuentos bajo la forma del auxiliar (Thompson, 79-88; Propp 1974b, 264-278) como en los libros de caballerías bajo el aspecto del escudero. Dejaremos de lado las tareas que le incumben tradicionalmente a dicho escudero (cuidar de las monturas y de las armas, ocuparse de la comida y el alojamiento) que aquí no nos interesan porque en el caso de la obra cervantina, a Sancho le toca sobre todo ayudar al caballero con el uso de la palabra. Así, a don Quijote le corresponde el *actuar* y al campesino escuderil el *hablar*² y el hablar muchas veces de manera graciosa. Esa dicotomía o mejor dicho esa complementariedad la pone de realce el autor en el prólogo del *Quijote* de 1605 y en el de las *Novelas ejemplares* (hemos citado los dos textos anteriormente), al referirse a las hazañas del uno y a los donaires y gracias del otro. Se trata nada menos que de una nueva y festiva encarnación del debate entre las armas y las letras, tema sobre el cual el caballero ha de pronunciar un famoso discurso (I, 37, 484-487; I, 38, 487-492).

Y sin embargo, el “nacimiento” de Sancho como escudero no es nada lustroso: un labrador pobre, “de muy poca sal en la mollera”, es decir de poco juicio, aunque hombre de bien (I, 7, 99). Hombre de la Naturaleza, que muestra su simpleza, escudero paródico pues. Pero no deja de ayudar a su señor, ostentando un buen sentido llamativo que estriba en consejos pertinentes. Al no ser hombre de acción –“yo de mío soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pependencias” (I, 8, 107-108), le dice a su amo–, se sirve del habla, que está a su alcance; al no saber leer ni escribir, como lo indica varias veces, no puede ser un letrado (en el sentido primero del término), sino un hombre de la palabra, de la oralidad, parecido en ello a los que pertenecen al mismo grupo social. Y en efecto, en relación con las diversas aventuras del héroe y los múltiples intercambios con éste, Sancho habla y habla mucho, incorporando a sus palabras esas divertidas “prevaricaciones idiomáticas” (Alonso) y asimismo esas sartas de refranes (Colombi; Joly 1996, 217-256; Tarnovska; Rodríguez Valle), utilizadas con frecuencia a tontas y a locas, creándose de tal modo esa lengua divertida que le es tan peculiar (Hatzfeld; Rosenblat; Joly 1996, 257-297; etc.).

Por otra parte, la discreción que irrumpe con frecuencia en su discurso, y al mismo tiempo la simpleza que manifiesta hacen de él una verdadera paradoja viva, un ser regido por la reversibilidad, esa reversibilidad que también ilustra don Quijote –ese “cuerdo loco” (II, 18, 838)– y tiene tanta importancia en la obra (Molho; Redondo 1998 y 2011).

No obstante, cuando los varios combates de don Quijote, el campesino aconseja con cordura a su señor antes de que éste embista contra los adversarios que se imagina ver, al transmutar la realidad en su cerebro enfermo por haber leído muchos libros de caballerías. El escudero intenta modificar la visión trastornada del caballero, tanto en sentido propio de la palabra como en sentido figurado. De ahí la importancia del verbo *mirar* que se repite en la primera parte de la obra (“Mire, vuestra merced...”, “Mire, señor...”): aventura de los molinos de viento (I, 8, 103), de los frailes de san Benito (I, 8, 108), de los rebaños de

² Véase también, con una óptica diferente de la nuestra, lo escrito por Ramírez Santacruz 2016a.

ovejas (I, 18, 211), de los disciplinantes (I, 52, 641), etc. También aparece dicho verbo en la segunda parte, aunque en menor grado, pues don Quijote transforma mucho menos la realidad, de manera que el papel de Sancho cambia con referencia a los consejos dados en el texto de 1605. Sin embargo, utiliza ese verbo en alguna que otra ocasión para disuadir a su señor de emprender una aventura que puede resultar peligrosa (“Mire, señor...”, “Mire, vuestra merced...”): aventura de los leones (II, 17, 833), de la cueva de Montesinos (II, 22, 889).

Asimismo, es Sancho quien ayuda a su señor con sus palabras, indicándole lo que tendrían que hacer, después de una malograda aventura, para cuidar de sus males y ponerse a salvo. Es lo que pasa, por ejemplo, a raíz del combate con el vizcaíno, en que don Quijote ha malherido a su contrincante, ya que le insta a que vayan a “retraerse a alguna iglesia” para resguardarse de la Santa Hermandad (I, 10, 124). Lo mismo ocurre después del episodio de los galeotes, pues, por idénticas razones, el escudero aconseja al caballero que se embosquen en la Sierra Morena (I, 22, 269).

Es el propio don Quijote quien valora los consejos de su auxiliar dado que le pide, por ejemplo después de la aventura de los rebaños de ovejas, que le guíe para encontrar donde pasar la noche (I, 18, 215). El caballero reconoce la cordura que rezuma de las palabras de su escudero, a pesar de su simpleza, por ejemplo después del episodio de los galeotes, ya que no vacila en afirmar: “quiero seguir tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes (I, 23, 272)”. Paralelamente, cuando han entrado en El Toboso, el Manchego aprueba lo que le ha sugerido su escudero: “... el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana (II, 9, 762)”.

Verdad es que estos consejos del auxiliar toman en más de una ocasión una tonalidad jocosa como cuando Sancho Panza incita a don Quijote a entrar al servicio de algún gran emperador o soberano para granjear muchos beneficios, casarse con la infanta, heredar el reino y recompensar al escudero con un condado (I, 21, 250). Esta vez, el campesino deja de lado sus destellos de cordura para manifestar su necedad y enajenación, estando esta última en consonancia con la de su amo. En otros casos, se trata de consejos muy socarrones. Por ejemplo, cuando el Caballero de la Triste Figura, a imitación de Roldán y Amadís, pretende hacer una penitencia de amor en la Sierra Morena. Para ostentar su fingida locura amorosa, el Manchego desea rasgarse los vestidos, esparcir las armas y darse cabezadas contra las peñas. Sancho le exhorta entonces a que se las dé en el agua o en alguna cosa blanda (I, 25, 307).

Pero, en ciertos casos, don Quijote toma esos consejos en mala parte y, como señor del escudero, reacciona violentamente. Es lo que ocurre al querer el campesino que su amo se case con la princesa Micomicona, dejando de lado a Dulcinea, para recibir él un condado (I, 30, 386). El caballero, que ha entregado su fe a Dulcinea, considera que es un despropósito inadmisibles, una verdadera herejía, y da dos palos a su servidor. Sin embargo, hay que reconocer que ésta es una reacción excepcional dado que, como lo hemos visto, el Caballero de la Triste Figura aprecia a su escudero, a pesar de sus necedades. No vacila pues en servirse de él como mensajero de amor cuando está haciendo penitencia en la Sierra Morena (I, 25). Ello da lugar a un episodio jocoso con el cura y el barbero. En efecto, Sancho no se ha llevado el libro de memoria (que fuera de Cardenio) donde su señor había escrito la misiva amorosa para Dulcinea, mandándole que la hiciera trasladar a papel en el primer lugar que encontrase. El campesino reconstruye entonces para sus dos interlocutores lo que don Quijote le había leído, trastocando bufonescamente los términos y diciendo “tres mil disparates” (I, 26, 324). Estamos en plena oralidad burlesca, la que revela la otra faceta de Sancho, acorde con su simplicidad primitiva.

Por otro lado, hay situaciones en que Sancho desempeña el papel de auxiliar del héroe, según el modelo de los cuentos de encantamiento, modelo que se ha introducido

también en los libros de caballerías. En ellos, el héroe ha de valerse, con alguna frecuencia, de la actuación de un ayudante para desencantar a la mujer amada (Redondo 1998, 186), lo que remite al festivo desencanto de Dulcinea que ha de realizarse gracias a los azotes que Sancho debe darse en las posaderas (II, 35, 1008-1010).

Por fin, no hay que olvidar que el escudero, a pesar de ser pacífico y hasta cobarde, también cumple con una obligación de los ayudantes del héroe: se trata de socorrer a éste cuando está en una situación crítica. Así, Sancho defiende a su señor con sus puños, pegando a Cardenio quien, al estar en una fase de locura, ha agredido al caballero (I, 24, 295). Del mismo modo, el escudero ayuda a don Quijote contra el cabrero Eugenio a quien muele a coces (*ibid.*). Bien se ve que estamos muy lejos de los combates heroicos, que se trata de un universo degradado, acorde con los orígenes rústicos de Sancho y las reyertas campesinas, de un universo que viene a ser el de la farsa, en que menudean peleas y palos.

Sin embargo, Sancho presume de su papel de ayudante y lo reivindica con mucho énfasis, llegando a igualarlo con el del héroe pues tiene conciencia de que ninguna proeza caballerescas es posible sin su auxilio. Es lo que se ha puesto de relieve al estudiar la vida del héroe en los cuentos maravillosos, los cuales han penetrado ampliamente en los libros de caballerías: efectivamente, sin ayudante, no hay garantía de que se realicen las hazañas (Echavarría Molloy, 172).

Sancho equiparado con el héroe

En relación con el episodio de la Trifaldi y Malambruno en que se prevé que don Quijote y Sancho han de montar en el caballo de madera Clavileño, el campesino se subleva contra el hecho de que, en las crónicas, no se reconozca la función de los escuderos, alabando sólo a los caballeros, cuando los ayudantes han sido indispensables para llevar a cabo las proezas de dichos caballeros:

¿Hanse de llevar ellos [los señores] la fama de las [aventuras] que acaban y hemos de llevar nosotros [los escuderos] el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los historiadores “El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla...” (II, 40, 1041)

Y si don Quijote está muy ufano de que sus aventuras se cuenten en un libro impreso (Redondo 2016), lo mismo le ocurre a su escudero, igualándose en cierto modo con el caballero: “Como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante [...]. Y pues tengo buena fama...” (II, 33, 994).

De seguro, decía el campesino en la primera parte del texto, “no faltará quien ponga en escrito las hazañas” del Manchego (I, 21, 250) –lo que efectivamente había ocurrido–, pero tampoco habían de quedarse en el tintero las del ayudante, como éste lo indicaba: “si se usa en la caballería escribir hazañas de escudero, no pienso que se han de quedar las mías entre renglones” (*ibid.*).

Esta equiparación, ya evocada en el *Quijote* de 1605, se va estableciendo progresivamente en el de 1615, llegando Sancho, hacia el final de la obra, a hablar de “nuestras hazañas”, situando al mismo nivel las de los dos personajes: “Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no se ande pintada la historia de nuestras hazañas” (II, 71, 1315).

Es que si don Quijote forma parte de la orden de los *caballeros andantes*, Sancho pertenece a la de los *escuderos hablantes* (II, 12, 792), como ya lo hemos visto. Su montura es un asno y no un caballo, pero “vale dos veces más que el caballo de [su] amo” (II, 13, 704) –así se lo indica al escudero del Caballero del Bosque. Ésta sería pues una nueva orden que también tendría su heroicidad y podría compararse con la otra, aunque no

fuera más que de modo burlesco, ya que Sancho confronta las comidas frugales y las leyes caballerescas de los caballeros andantes con las leyes de los escuderos hablantes, amigos éstos del buen yantar, del buen beber y de las buenas, reposadas y regocijadas charlas (II, 13, 798). De modo festivo, una orden equivale a la otra.

Por ello, según ha de decir Sancho Panza en el palacio de los duques, cuando el jocosos lavatorio de las barbas, “no hay tanta diferencia de mí a mi amo” (II, 32, 972), lo que había subrayado anteriormente, de manera más explícita, siempre en la casa ducal: “Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y *he de ser otro como él*, Dios queriendo” (II, 32, 972).

Cierto es que el primero en delinear esta orientación ha sido el propio don Quijote, en el episodio de los cabreros, al considerar que esa igualdad era una obligación vinculada a su estatus de caballero andante:

que sea una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante, se puede decir lo mesmo que del amor: que todas las cosas iguala. (I, 11, 131)

De otra manera, es lo que vuelve a afirmar posteriormente: “una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos” (II, 2, 699).

De todas formas, ya en la primera parte de la obra, el Manchego, al ver en la venta la pelea de Sancho con el barbero a quien le había quitado anteriormente la albarda y él, la bacía (el yelmo de Mambrino), toma la resolución de promover su escudero a caballero:

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón *de armalle caballero* en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería. (I, 44, 568)

Y precisamente es Sancho quien habla de armarse caballero, viniendo a ser en cierto modo otro don Quijote, pues le confía a la duquesa: “Esta [merced] que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear *verme armado caballero andante*, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora” (II, 32, 986).

Esa duplicación del Manchego, aunque adquiriera resonancias burlescas, no deja de revelar la autoconciencia que el escudero tiene de la importancia que va adquiriendo. Es lo que ya expresa a principios de la segunda parte: “Gobernador he visto por ahí que, a mi parecer, no llegan a la suela de mi zapato, y, con todo eso, los llaman ‘señoría’...” (II, 3, 709). Dicha importancia la confirma Sansón Carrasco, en el mismo trozo, al tomar en cuenta el éxito del escudero *hablante* y al afirmar: “Mala me la dé Dios, si no sois vos [Sancho] la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oíros *hablar* a vos que el más pintado de toda ella” (*ibid.*).

El camino está pues preparado para el jocosos encumbramiento del ayudante del héroe, pero, dado que de hablar se trata, otra dimensión de los dos personajes viene a igualarlos.

Si aparentemente las funciones entre el caballero y el escudero están perfectamente establecidas, según lo apunta Roque Guinart en la carta que le escribe a don Antonio Moreno, al evocar “las locuras y discreciones de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza” (II, 60, 1233), las cosas no son tan sencillas. Nótese, en primer lugar, que si las “locuras” del héroe remiten más bien a su actividad de caballero andante, las “discreciones” se refieren a su discurso, así como los “donaire” del auxiliar aluden a las charlas de éste.

El caballero invade pues el espacio propio del escudero *hablante*, el del habla. Existiría de tal modo una especie de contraposición equilibrada entre el discurrir discreto

(y grave) del uno y el parloteo donairoso del otro. Sin embargo, el término “donaire”, supuestamente positivo, como lo subraya Covarrubias (“Vale gracia y buen parecer en lo que se dize o haze”), también puede tomar visos negativos si los donaires son perjudiciales y acarrear desgracias, según lo indica el mismo lexicógrafo (483a). Dicho de otra manera, esta palabra puede cobrar una tonalidad ambigua (Joly 1982, 177-182). ¿No será ésta una manera de poner los donaires de Sancho, que se apoyan más de una vez en necedades, a nivel de las locuras de don Quijote, si dejamos de lado el campo de la acción para entrar en el de la plática, lo que igualaría a los dos personajes en ese universo de la locura/tontería?

Es lo que pone de relieve el escudero al comentarle a su señor lo que dice la gente acerca de él: “el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo *loco*, y a mí por no menos *mentecato*” (II, 2, 701), equiparando así al héroe y a su ayudante dentro del amplio mundo de la enajenación/estulticia. Poco después, el mismo auxiliar añade: “Unos dicen [de don Quijote], loco, pero gracioso” (*ibid.*), lo que equivale a lo dicho con relación a Sancho: “necio, pero gracioso”, igualando así otra vez al caballero y al escudero. Es asimismo lo que don Antonio Moreno recalca:

Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller [Sansón Carrasco] no ha de ser parte para volver cuerdo a un hombre *tan rematadamente loco*; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud no solamente perdemos *sus gracias*, sino *las de Sancho Panza* su escudero... (II, 65, 1270).

Héroe y ayudante (caballero paródico el uno y escudero paródico el otro) se equiparan pues tanto en el gran universo de la locura/tontería como en el de la gracia, del donaire. Es que, como lo afirmaba el cura, los dos parecen haber salido del mismo molde, siendo, en cierto modo, cara y cruz de la misma unidad fundamental:

Veremos en lo que para esta máquina de *disparates* de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron en la *mesma turquesa* y que las *locuras* del señor sin las *necedades* del criado no valían un ardite. (II, 2, 698-699)

Dando un paso más, el auxiliar ha de superar al héroe y llegar a sustituirle, y no sólo en el ámbito del habla. Pero antes, es indispensable evocar otra particularidad que también los iguala. Don Quijote es un demiurgo que inventa su propio universo, dando vida a su personaje, a Dulcinea y a Rocinante (I, 1, 45-47). En efecto, la tradición platónica y la tradición judeocristiana ponen de relieve que “el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice o la misma cosa disfrazada de otra manera” (León, 398). Y Sancho también es un demiurgo que crea nuevas palabras, y pues otro mundo, al “prevaricar” el buen lenguaje, siendo su gran logro el famoso “baciyelmo” (I, 44, 570), objeto que para el uno era bacía (el segundo barbero a quien el caballero la había quitado) y para el otro (don Quijote), el yelmo de Mambrino.

Sancho, sustituto del héroe

Al final de la primera parte de la obra, los dos personajes oyen la voz profética que anuncia un futuro enaltecido para ambos. Por lo que al escudero hace, la voz predice: “Te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor...” (I, 46, 588).

Sancho no ha de olvidar este vaticinio en la segunda parte del texto. Además, en ésta, poco después de empezar la tercera salida, oyen relinchar a Rocinante y suspirar (o sea hacer pedos) al rucio, lo que consideran “un felicísimo agüero”. Pero, como los rebuznos y suspiros del asno son más abundantes que los relinchos del rocín, “coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor” (II, 8, 748).

Éste es pues el camino que ha de conducir a su encumbramiento, aunque sea de manera burlesca, y a la superación del héroe, es decir de don Quijote.

El auxiliar es un hombre de la palabra y es gracias a la palabra como va a triunfar en la segunda parte de la obra. Rápidamente es él quien va a tomar la iniciativa de construir, sirviéndose del discurso, el mundo que el héroe apetece, vinculado a la aparición y presencia de Dulcinea, todo ello indispensable para que se cumpla la profecía (Redondo, 2011, 77-79). Desde este punto de vista, el giro se produce en el capítulo 10 de esta segunda parte en que el escudero, a la salida del Toboso, ve a tres labradoras sobre tres borricas y determina decirle a su amo, quien le está esperando en un bosquecillo, que una de ellas es la mujer amada y va acompañada de dos doncellas (II, 10, 767-769). Es pues Sancho quien domina ahora la situación, es él quien impone su magisterio, describiendo a la muy hermosa “princesa” y a sus acompañantes, magníficamente ataviadas y montadas en hacaneas (“cananeas”, dice el escudero).

Don Quijote, turbado e incapaz ya de metamorfosear la realidad, a diferencia de lo que ocurría en la primera parte, no ve más que a toscas, feas y malolientes campesinas, lo que no puede explicar sino recurriendo a los famosos encantadores que le quieren mal y han transformado a Dulcinea. El tema del encantamiento de la mujer amada y del deseo del caballero de verla desencantada, tema que corre a lo largo del texto de 1615, tiene aquí su raigambre, si bien es la duquesa quien lo afianza (II, 33, 992-993).

El demiurgo ahora es Sancho, y no don Quijote. Gracias a la palabra, el ayudante inventa pues, aunque de manera burlesca, el mundo que necesita el Manchego. De tal modo, el auxiliar supera al héroe y se está encaminando hacia una inversión de perspectivas que ha de transformarle en héroe de nuevo cuño. Algo de esto se había esbozado ya en la primera parte, cuando el ayudante le había contado a su señor el resultado de su presunta embajada y entrevista con la “dama” del caballero (I, 31, 391-396), pero ello no había tenido mayores consecuencias.

No obstante, ese poder de la palabra, Sancho el hablador va a experimentarlo plenamente en el palacio de los duques. En efecto, el ayudante va a triunfar burlescamente, valiéndose de su capacidad parlanchina de escudero *hablante*, dejando al héroe en segundo término. Verdad es que los magnates han decidido convertir al caballero y a su auxiliar en bufones palaciegos, a pesar suyo, pero con algunos destellos de consentimiento tácito por parte de Sancho, aparentemente tonto (o mejor dicho, que se hace el tonto), pero que en realidad viene a ser muy astuto. Don Quijote ha de llamarle “truhán moderno” (II, 31, 965), y sin embargo, poco después, ante los duques, hace un acertado retrato de su auxiliar:

Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que lo confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo (II, 32, 983).

El ayudante, como ya lo hemos subrayado y lo indica don Quijote, es una paradoja viva, va regido por el principio de reversibilidad y es lo que ha de permitirle “medrar”, entre risas, en la mansión ducal, adquiriendo un nuevo protagonismo (Grilli, 48-49), y ello, en detrimento del caballero, “héroe oficial”. A la duquesa le apetece mucho oírle hablar graciosamente y no quiere que se separe de ella: “Mandó la duquesa a Sancho que fuese junto a ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones” (II, 30, 960), repitiendo posteriormente: “no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto” (II, 31, 967). Al mismo tiempo, bien sabe calibrar en qué consiste el ingenio del escudero:

De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires [...] no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. (II, 30, 960)

Y como don Quijote añade: “Y hablador”, el duque le interrumpe para comentar: “Tanto que mejor, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras” (*ibid.*).

Aunque la excelsa señora y su esposo piensen sobre todo en entretenerse a expensas del caballero y del escudero, éste experimenta mucha alegría al verse “a su parecer *en privanza* con la duquesa” (II, 31, 961). De ahí que “se cosa” con ella, como se dice en el texto de modo explícito (II, 31, 962).

Pero el vocablo *privanza* utilizado no es neutro ya que enraíza al texto en un contexto muy significativo. Estamos en la gran época de la *privanza*, la del duque de Lerma con relación a Felipe III y la de don Rodrigo Calderón, valido del propio duque (Feros; Williams; Martínez Hernández). El privado se vale de su situación privilegiada, que le conduce a ejercer el poder, para medrar, acumulando títulos, bienes, riquezas diversas, sirviéndose de un sistema de corrupción generalizada. La Corte de los duques es un remedo de la Corte real, con sus fiestas y diversiones múltiples, y también con los problemas de poderío que se plantean. Desde este punto de vista, Sancho, privado de la duquesa, si bien a lo burlesco, va a medrar asimismo, transformándose en gobernador por merced del duque (II, 32, 973) y ejerciendo el poder, pero de un modo muy diferente del que ilustran los validos al uso.

No obstante, antes de marcharse a gobernar, ha de sufrir varias burlas en unión con el caballero.

En particular, es necesario recordar la que está vinculada a la aparición de Merlín quien profetiza que Dulcinea será desencantada cuando Sancho se haya propinado tres mil trescientos azotes en sus posaderas (II, 35, 1008). El futuro gobernador protesta, diciendo muy razonablemente que no ve la relación que puede existir entre los azotes, sus posaderas y el desencanto de la dama de don Quijote. Además, subraya que la tarea le corresponde al caballero. Sin embargo, interviene la propia Dulcinea para que acepte el cometido. Frente a su rechazo, el duque le dice entonces: “Sancho, o vos habéis de ser azotado, o os han de azotar, o no habéis de ser gobernador” (II, 35, 1012), lo que ha de provocar por fin el asentimiento del escudero, pero con unas cuantas condiciones.

Nótese en seguida que el protagonismo, una vez más, le corresponde al auxiliar y no al caballero, a pesar de que se trata de la mujer amada por este último (Murillo, 182-188; Williamson, 230-233). Es que la heroica gesta del Manchego, que debería conducir a la recuperación de Dulcinea, se ha diluido por completo. A pesar de la orientación burlesca del texto, el personaje que se ha de tomar ahora en cuenta es el antiguo ayudante. Se asiste a una inversión completa de enfoque. El nuevo héroe, si bien paródico él también, es pues Sancho Panza.

Por otra parte, el problema se ha desplazado. En efecto, el duque vincula los azotes al gobierno sanchesco. Metafóricamente, y a pesar de la orientación jocosa, se está poniendo de relieve que el gobierno supone un sufrimiento, una iniciación penosa, que implica un trayecto de sacrificios para hacerse digno del cargo, o sea que ha de ser un verdadero azote y un rechazo de los placeres mundanos para considerar sólo el bien común y el interés de los súbditos. Con esta óptica, y sin darse cuenta de ello, el duque está condenando su propia conducta. Las burlas se transforman en veras, como ocurre con frecuencia en la obra cervantina.

Sancho ha de prepararse para ejercer su nuevo cargo de gobernador y para ello don Quijote va a darle una serie de consejos de comportamiento relacionados con el alma y con el cuerpo, en que se pueden percibir diversas influencias: II, 42-43 (Percas de Ponseti; Close 2000, 75-81; 266; Chiong Rivera; Cascardi, 130-141; etc.).

Lo que llama la atención en seguida es que si en la primera parte de la obra era el ayudante quien aconsejaba con cordura al héroe, antes del comienzo de sus aventuras, hay ahora una significativa inversión. El nuevo auxiliar viene a ser don Quijote y el nuevo héroe Sancho Panza quien ha de recibir sus consejos antes de emprender la aventura del gobierno. De esa inversión bien se da cuenta el Manchego, el cual experimenta algún despecho al ver que la buena dicha le ha correspondido, antes de tiempo, a su antiguo escudero, de modo que es éste el encumbrado y no él:

Tú, que para mí sin duda eres algún porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te vees gobernador de una ínsula como quien no dice nada (II, 42, 1058).

El gobierno de Sancho en la ínsula Barataria (II, 45-53) ha ocasionado numerosos comentarios, con orientaciones diversas,³ de manera que no hemos de insistir sobre las peripecias de él. Lo único que deseamos resaltar es que el gobernador se ha portado como un juez probo y un buen administrador (cualquiera que sea el origen de los casos que ha tenido que resolver en sus juicios salomónicos), desviviéndose por el bien de los insulanos, a los cuales ha dejado una serie de constituciones: “Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza” (II, 51, 1150).

Está claro que no es sino una visión utópica de un gobierno ejemplar (Maravall), ejercido por un porro/astuto, regido por el principio de reversibilidad, el cual tiene “el *Christus* en la memoria” (II, 42, 1058). No obstante, si bien el tiempo del gobierno sanchesco es el de un tiempo carnalesco fuera del tiempo normal de las cosas, enmarcándose en un mundo al revés, antes de volver a la normalidad (Redondo 1998, 453-456), si bien se trata de una burla ideada por los duques, la aventura del gobierno no deja de provocar la reflexión del lector. Efectivamente, como lo dice el mayordomo, “las burlas se vuelven en veras” (II, 49, 1120).

El escudero encumbrado se ha portado en su gobierno “como un gerifalto”, para emplear la expresión utilizada por la duquesa en la carta que le escribe a Teresa Panza (II, 50, 1133). Pero lo mismo tienen que reconocer el mayordomo (II, 49, 1120) y don Quijote, en la misiva que le manda a su antiguo ayudante (II, 51, 1144). De ahí que a éste se le califique de “gran gobernador” (II, 45, 1086; II, 51, 1150), de “gran Sancho Panza” (II, 45, 1082) y se utilice para designarle la exaltadora fórmula: “Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores” (II, 52, 1158).

Sancho se ha ilustrado sobre manera. Y al ser un “hombre ilustre”, también le ha correspondido su Plutarco o su Valerio Máximo ya que al lado suyo ha estado su historiador “que escribía [sus] palabras, hechos y movimientos” (II, 45, 1087). Asimismo, cuando ha salido a rondar la ínsula por la noche, le ha acompañado “el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos” (II, 49, 1120). Desde este punto de vista, el ayudante ha superado al antiguo héroe dado que el cronista, que no es ningún árabe, está en su cercanía –como en el caso de los cronistas reales– y por ello apunta el narrador: “los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual [fue] notado de su coronista...” (II, 45, 1090). El auxiliar se ha transformado plenamente en nuevo héroe, en héroe de los tiempos modernos.

Detrás de la ironía, lo que sí es incuestionable es que Sancho se ha portado como el “hombre de bien” que no ha dejado de ser, manifestando una llamativa rectitud, “sin perdonar derecho ni llevar cohecho” (II, 49, 1119), sin enriquecerse lo más mínimo, sin gozar de ninguna de las ventajas que su situación pudiera haberle proporcionado. Lo indica

³ Véase la bibliografía correspondiente en “Lecturas del *Quijote*” y en la bibliografía final, en la ed. del *Quijote* que utilizamos.

él mismo de manera contundente, al acabar su gobierno: “desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano, quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores...” (II, 53, 1163).

“Bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores”. Ahí está la lección política del trozo. Frente al sistema corrupto que se ha instalado en la España de Felipe III –y el duque no queda a salvo–, en que, por parte del poder, dominan la rapiña y los favores retribuidos, en que se vende la justicia, sistema contra el cual se alzan los mejores arbitristas, con Martín González de Cellorigo a la cabeza (Vilar; Hermann; Gutiérrez Nieto; Dubet), sobresale la integridad del pobre campesino que “ha gobernado como un ángel” (II, 53, 1165). Éste pudiera haber sido el dechado de los gobernadores, el nuevo héroe de la época moderna.

Claro está que se trata de una burla, pero las verdades también afloran, gracias a ese juego muy cervantino entre burlas y veras. El triunfo provisional de Sancho, que se ha portado como un perfecto juez, a modo de buen letrado, es asimismo paradójico ya que es un *illitteratus*, un iletrado, si bien portador de los valores de una cultura, la de un hombre que sólo tiene la voz a su disposición con lo que esta voz permite transmitir, es decir una cultura de la oralidad, la cual se halla momentáneamente privilegiada, marcando la superioridad del antiguo auxiliar sobre el antiguo héroe, hombre de las armas y del saber erudito.

Nótese sin embargo que, en el episodio de la ínsula, se ha de recurrir a la inspiración divina (II, 45, 1087; II, 51, 1144; etc.) para justificar el buen gobierno de Sancho, lo que se inserta en la tradición de la “locura de la Cruz” –“con Cristo en la memoria”– y de la “docta ignorancia” tan presente en la literatura paradójica, en particular en el erasmiano *Elogio de la locura* (Redondo 1998, 200-201). Esto no quiere decir que no sean necesarias las “letras”, en el sentido del estudio del derecho para saber gobernar, sino todo lo contrario.

Además, Sancho fracasa como capitán, incapaz de defender la ínsula contra los enemigos. La aventura, aunque de modo burlesco, se incluye en el gran debate entre las armas y las letras, evocado ampliamente en el *Quijote* (Pelorson 1975 y 2008, 401-404), demostrando cuán indispensables son las armas y el valor guerrero para saber gobernar eficazmente.

Esto provoca una toma de conciencia por parte de Sancho. Ahora, él se conoce mejor y se da cuenta, con cordura, que no está hecho para ser gobernador. Así, muy sencillamente, y con mucha dignidad, deja el cargo que ocupaba (II, 53, 1163). Abandona su estatus de nuevo héroe para recuperar su precedente papel de ayudante. Es lo que va a decir a los duques: “doy un salto del gobierno y me paso al servicio de mi señor don Quijote” (II, 55, 1183).

Se vuelve pues, aparentemente a la situación primitiva siendo de nuevo el héroe el caballero y el auxiliar, Sancho Panza. Sin embargo, todavía en alguna ocasión, el ayudante sigue ocupando el papel de héroe. Es lo que pasa cuando el auxiliar, Sancho el hablador, domina al Manchego gracias al poder de la ironía (II, 58, 1206), o sobre todo cuando le supera en el combate. Es que don Quijote ha querido bajar los greguescos del escudero dormido para empezar a darle buenos azotes con el fin de desencantar a Dulcinea (II, 60, 1220-1221). Pero, al despertarse Sancho, “se abrazó con él a brazo partido y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba, púsole la rodilla derecha sobre el pecho y con las manos le tenía las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar”. Vencido, el caballero tiene que prometerle al escudero que no intentará otra vez emprender tal fechoría. De no ser así, le dice Sancho, parodiando los versos finales de un romance de los infantes de Lara: “Aquí morirás, traidor,/ enemigo de doña Sancha”. Al jugar de manera divertida con el nombre, el nuevo héroe transforma al antiguo en traidor y enemigo suyo –de “don

Sancho” (título que había rechazado cuando era gobernador)—, de manera que es normal que, parodiando otra vez un dicho relacionado con el enfrentamiento entre Enrique de Trastámara y su medio hermano Pedro el Cruel, indique: “Ni quito rey ni pongo rey, sino ayudo a mí, que soy mi señor” (*ibid.*, 1221). Detrás del juego jocoso con el romance y el dicho, aparece la conciencia que Sancho tiene de su capacidad heroica, aun cuando ésta se manifieste de modo festivo.

Pero estos cruces son dejos de una situación anterior. Lo que sobresale ahora es al contrario el protagonismo exaltador, aunque de tonalidad burlesca, de don Quijote. Es lo que pasa cuando está en casa de don Antonio Moreno y cuando sale de paseo con él por Barcelona (II, 62, 1240). Lo mismo ocurre cuando recibe por parte del general de las galeras que está visitando un tratamiento de hombre de pro; por ello el Manchego está “alegre sobremanera de verse tratar tan a lo señor” (II, 63, 1253).

No obstante, tal exaltación no dura mucho pues la heroicidad del caballero se derrumba por completo al quedar vencido por el Caballero de la Blanca Luna, el cual le impone el retirarse a su lugar por un año sin poder servirse de las armas. El héroe ya no es el héroe y él mismo dice: “me ha quitado la honra” (II, 64, 1267).

El Manchego, héroe derribado y amargado, deseoso de desaparecer, que Sancho intenta consolar (II, 65, 1271-1272), todavía tiene algún que otro ímpetu de heroicidad. Por ejemplo, cuando el ayudante, frente a la nueva situación creada por el fracaso, le aconseja el abandono del ejercicio de la caballería y de las aventuras para regresar a su casa. Don Quijote saca entonces fuerzas de flaqueza y le dice: “Calla Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar un año, que luego volveré a mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darte” (II, 65, 1271). Pero este tipo de reacción es excepcional, ya que poco después indica: “¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si antes me conviene usar de la ruceta que de la espada?” (*ibid.*).

Esta “desheroización”, asumida por el caballero, aparece a las claras cuando los dos personajes se encaminan hacia su aldea pues don Quijote va desarmado y vestido de camino. Además, él mismo se califica de “escudero pedestre” (II, 66; 1276). Al reducirse al papel de escudero, o sea de ayudante, deja abierto un espacio para una nueva heroicidad, la de Sancho, sustituto de su señor, no representando la tentación pastoril (II, 67) ninguna puerta de salida para el heroísmo.

Desde este punto de vista, el episodio de la cerdosa aventura (II, 68, 1290-1291) resulta muy significativo. Los dos personajes se hallan tirados al suelo y pisoteados por una piara de seiscientos puercos, animales inmundos, que unos hombres iban a vender. El Manchego ya no reacciona, a diferencia de lo que ocurriera en un episodio paralelo anterior, el del tropel de toros bravos que llevaban a correr, los cuales también los habían derribado, pasándoles por encima (II, 58, 1208). Sólo que este episodio ocurría antes de que el héroe quedara vencido por el Caballero de la Blanca Luna. En la porcuna aventura, posterior al fracaso del caballero, es Sancho quien, en un lance que viene a ser burlesco, ocupa el lugar del antiguo héroe, pidiéndole la espada con la intención de matar media docena de cochinos, mientras que el caballero le dice: “Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado” (II, 68, 1291).

Del mismo modo, Sancho va a ser el personaje primordial, y no don Quijote, en el episodio de la resurrección de Altisidora, que se verifica en el castillo de los duques al cual unos hombres armados les han obligado a volver (II, 68, 1292-1294). Se finge que la joven ha muerto de melancolía erótica, al verse desdeñada por el caballero. Está tumbada en un túmulo y se halla rodeada de los duques, de los dos compañeros y de los jueces infernales, Minos y Radamanto (II, 69, 1294-1295). Estos últimos, en un lance simétrico del que corresponde a la profecía del desencanto de Dulcinea, vaticinan que Altisidora podrá

resucitar si Sancho sufre veinticuatro mamonas, doce pellizcos y seis alfilerazos. Estamos de nuevo en pleno episodio bufonesco, pero el que ha de sacrificarse una vez más es el escudero y no el caballero. El auxiliar, después de varias protestas, acepta que las dueñas le administren esos tormentos y la joven resucita.

Lo interesante es que, a pesar de la orientación burlesca de la escena, Sancho es el elemento activo de lo sucedido. El vocabulario utilizado es llamativo pues se habla cuatro veces de su *martirio* (II, 69, 1299; II, 70, 1301 y 1304) y varias de *resurrección* y de *resucitar los muertos* (II, 69, 1298 y 1299). Y precisamente, éstas son las particularidades de la santidad. En las relaciones de santos que se multiplican después del Concilio de Trento, después de los años 1570, y se difunden mucho en el siglo XVII, se ponen de relieve las marcas de la santidad: sufrimiento, martirio y poder de resucitar los muertos (Redondo 1998, 284-285; Redondo 2011, 242-243). De tal modo, y aunque de manera jocosa, el auxiliar se metamorfosea en santo dado que también hay un juego con su nombre, siendo “Sancho” la forma popular de “santo”. El ayudante asciende así a héroe santificado, tomando muy en serio el caballero la transformación de su acompañante ya que le dice: “[da] muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos” (II, 69, 1299). Después de la resurrección de Altisidora, el Manchego no vacila en humillarse ante él, como ante un santo o ante su imagen: “... se fue a poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: ‘Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado a dar por el desencanto de Dulcinea...’” (*ibid.*). Posteriormente, ha de volver sobre el tema, hablando de “servir” a su antiguo auxiliar, tanto él como su dama, situándose así en una posición de inferioridad: “¡Oh *Sancho bendito*, oh Sancho amable, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a servirte todos los días que el cielo nos diere de vida!” (II, 71, 1312).

Claro está que toda la escena es bufonesca y la burla la han concebido los duques para su entretenimiento. De no ser así, hubiera resultado muy difícil y hasta imposible, en la España de la Contrarreforma, jugar con las señales de la santidad. No obstante, en la lógica del relato, y con referencia a los dos personajes, se asiste otra vez a una inversión de perspectivas que ve el triunfo de Sancho como sustituto del héroe y la subordinación a éste de don Quijote quien no deja de depender de su antiguo auxiliar.

Bien sabido es que Sancho ha de encontrar una astucia para darse los azotes prometidos, después de negociar el precio con el caballero, pues el vapuleo han de recibirlo los árboles y no las posaderas sanchescas. Sin embargo, como Dulcinea no aparece, el caballero viene a ser día tras día más melancólico y amargo lo que ha de conducirle a la muerte a poco de llegar a su casa. Pero lo que es necesario resaltar es que, en los últimos capítulos, sobresale más que nada el afecto que existe entre los dos personajes y la igualdad, en cierto modo, que se establece ahora entre ellos. Quien bien se ha dado cuenta de esto, es el caballero don Álvaro Tarfe quien, al despedirse de ellos, tiene una reacción reveladora: “*abrazando a don Quijote y a Sancho*, siguió su camino” (II, 72, 1321).

Ese afecto ya lo había manifestado el caballero a su escudero, empleando unas palabras valorativas: “Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero” (II, 11, 782) y en su testamento, hace lo mismo (II, 74, 1332). Por su parte, el escudero había puesto de relieve también, en varias ocasiones, los vínculos afectuosos que le unían a su señor, especialmente al decirle a la duquesa: “... *quírole bien*, es agradecido, diome sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel, y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón” (II, 33, 989). Efectivamente, es lo que ha de ocurrir, a pesar de que, entre lloros, Sancho intente transformar el ánimo de don Quijote, empujándole a seguir viviendo: “No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva

muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más...” (II, 74, 1333).

En una obra que utiliza constantemente la parodia con relación a los personajes de don Quijote y Sancho, éste desempeña un papel tan importante como el de su amo y, en varias ocasiones, todavía más. Le corresponde en primer lugar una función de auxiliar del héroe, pero hay momentos en que los dos se encuentran en una situación de equiparación y otros, que no son pocos, en que el ayudante se transforma en héroe, sustituyendo al caballero y hasta dominándolo, si bien se desarrolla todo con un enfoque burlesco.

Obras citadas

- Alonso, Amado. "Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho". *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 2 (1948): 1-20.
- Brémond, Claude. *Logique du récit*. Paris: Seuil, 1973.
- Cascardi, Anthony J. *Cervantes, Literature and the Discourse of Politics*. Toronto: University of Toronto Press, 2012.
- Celaya, Gabriel. "A Sancho Panza". En *Cantos iberos*. Alicante: Verbo, 1955.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Jorge García López ed. Barcelona: Crítica, 2001.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Francisco Rico dir. Madrid: Real Academia Española, 2015.
- Chiong Rivera, Horacio. "Ínsula de buen gobierno. El palimpsesto guevariano en las constituciones del gran gobernador Sancho Panza". *Cervantes*. 28-1 (2008): 135-165.
- Close, Anthony. *Cervantes and the Comic Mind of his Age*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- . "La construcción de los personajes de don Quijote y Sancho". En Emilio Martínez Mata ed. *Cervantes y el "Quijote"*. Madrid: Arco/Libros, 2007: 39-53.
- Colombi, María Cecilia. *Los refranes en el "Quijote": texto y contexto*. Potomac: Scripta Humanistica, 1989.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Martín de Riquer ed. Barcelona: Horta, 1943.
- Dubet, Anne. *Hacienda, arbitramento y negociación política*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2003.
- Echavarría Molloy, Guillermo. *Una vida de héroe. Función y significado del mito*. Buenos Aires: Biblos, 2001.
- Feros, Antonio. *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons, 2002.
- Flores, Robert M. *Sancho Panza Through Three Hundred Seventy-Five Years of Continuations, Imitations and Criticism, 1605-1980*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982.
- Frenk, Margit. "El prólogo de 1605 y sus malabarismos". En *Cuatro ensayos sobre el "Quijote"*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013: 11-19.
- Grilli, Giuseppe. "La Corte de los duques: *Quijote*, II, 30-33 (al fondo el *Tirant*, el palacio de Constantinopla y sus fiestas)". *Edad de Oro*. 15 (1996): 41-61.
- Gutiérrez Nieto, Juan Ignacio. "El pensamiento económico, político y social de los arbitristas". En José María Jover ed. *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, 26. Madrid: Espasa Calpe, 1986: 235-354.
- Hatzfeld, Helmut. *El "Quijote" como obra de arte del lenguaje*. Madrid: CSIC, 1966.
- Hermann, Christian. "L'arbitrisme, un autre État pour une autre Espagne". En Christian Hermann ed. *Le premier âge de l'État en Espagne, 1450-1700*. Paris: CNRS, 1959: 239-256.
- Joly, Monique. *La bourle et son interprétation. Recherches sur le passage de la facétie au roman (Espagne, XVIe-XVIIe siècles)*. Lille: Atelier national de reproduction des thèses, 1982.
- . *Études sur "Don Quichotte"*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1996.
- León, Fray Luis de. *Los nombres de Cristo*. En *Obras completas castellanas*. Félix García ed. Madrid: BAC, 1959: 385-790.

- Maravall, José Antonio. *Utopía y contrautopía en el "Quijote"*. Santiago de Compostela: Ed. Pico Sacro, 1976.
- Martínez Hernández, Santiago. *La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la Corte de Felipe III*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica/Marcial Pons Historia, 2009.
- Molho, Mauricio. *Cervantes: raíces folklóricas*. Madrid: Gredos, 1976.
- Murillo, Andrés. *A Critical Introduction to "Don Quixote"*. New York: Peter Lang, 1988.
- Pelorsen, Jean-Marc. "Le discours des Armes et des Lettres et l'épisode de Barataria". *Les Langues Néo-Latines*. 212 (1975): 40-58.
- . *Los "letrados" juristas castellanos bajo Felipe III. Investigaciones sobre su puesto en la sociedad, la cultura y el Estado*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2008.
- Percas de Ponseti, Helena. "Los consejos de don Quijote a Sancho". En Michael D. McGaha ed. *Cervantes and the Renaissance*. Newark: Juan de la Cuesta, 1980: 194-236.
- Propp, Vladimir. *La morfología del cuento*. Madrid: Fundamentos, 1974a.
- . *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Fundamentos, 1974b.
- Ramírez Santacruz, Francisco. "Sancho: los 'Panzas', la boca y el habla". En Ignacio Arellano, Duilo Ayalamacedo y James Iffland eds. *El "Quijote" desde América (Segunda parte)*. New York: IDEA/IGAS, 2016a: 287-298.
- . "“El verdadero Sancho Panza soy yo”: Cervantes en el espejo". En Antonio Cortijo Ocaña, Gustavo Illades Aguiar y Francisco Ramírez Santacruz eds. Santa Barbara: Publications eHumanista, 2016b: 87-97.
- Redondo, Augustin. *Otra manera de leer el "Quijote". Historia, tradiciones culturales y literatura*. Madrid: Castalia, 1998.
- . *En busca del "Quijote" desde otra orilla*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011.
- . "Don Quijote y el libro". *Revista de Occidente*. 427 (dic. 2016): 68-88.
- Rodríguez Valle, Nieves. *Los refranes en el "Quijote": poética cervantina*. México: El Colegio de México, 2014.
- Rosenblat, Ángel. *La lengua del "Quijote"*. Madrid: Gredos, 1971.
- Tarnovska, Olga. "Sobre los refranes del Quijote". *Didáctica (Lengua y literatura)* 17 (2005): 285-300.
- Thompson, Stith. *El cuento folklórico*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1972.
- Unamuno, Miguel de. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Alberto Navarro ed. Madrid: Cátedra, 2005.
- Urbina, Eduardo. *El sin par Sancho Panza: parodia y creación*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Vilar, Jean. *Literatura y economía. La figura del arbitrista en el Siglo de Oro*. Madrid: Revista de Occidente, 1973.
- Vilanova, Antonio. "Erasmus, Sancho y su amigo don Quijote". *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*. 8 (1988): 43-92.
- Williams, Patrick. *El gran valido. El duque de Lerma, la Corte y el gobierno de Felipe III, 1598-1621*. Junta de Castilla y León, 2010.
- Williamson, Edwin. *El "Quijote" y los libros de caballerías*. Madrid: Taurus, 1991.